

Ya es bien que luzca un día,  
Debido á vuestra union, dulce y sereno.

Le dais por fin; á vuestra voz levanta  
En el aire la paz de su alma oliva  
La bienhechora rama.  
¿No veis cuál se adelanta  
Á aplaudiros la tierra, y cuán festiva  
Bendice vuestro nombre y os aclama?  
¡Salud, divina paz! Eterna amiga  
De la vida y del bien, ven, y en contento  
Convierte el desaliento,  
Y en sosiego apacible la fatiga.

Ven, y que la amistad, que la preciada  
Virtud prodiguen sus inmensos bienes :  
En esto ¡oh Diosa! emplea  
Tu proteccion sagrada.  
Tú fecundas el mundo y le sostienes,  
Tú le das ornamento y se hermosea ;  
Bajo la sombra de tu augusto velo  
Las artes viven en concierto amigo,  
Y seguro contigo,  
El Genio extiende su brillante vuelo.

Á tí en los templos el incienso humea,  
Á tí las musas su divino acento  
Sonoramente envian ;  
Y en cuanto el mar rodea,  
En cuanto ilustra el sol y gira el viento,  
De tí sola su bien los pueblos fian.  
¡Ah! Maldicion eterna al inhumano  
Que, profanando la quietud del suelo,  
Muestre en bárbaro anhelo  
Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡Maldicion, maldicion! Corren veloces  
Los rios á la mar; nosotros ciegos  
Al crimen y á la muerte

Nos llevamos feroces,  
Sin atender á los humildes ruegos  
De la virtud, sin escuchar la fuerte  
Leccion del tiempo, que incesante clama.  
¡Triste destino! El hombre fascinado  
Va siempre al carro atado  
De la ambicion frenética que brama.

Pues si negado á tantos escarmientos,  
Siempre ha de ser que el universo gima  
En guerra y en crueldades,  
Dejad vuestros asientos,  
¡Oh montes! y cayéndonos encima,  
Fenece de una vez tantas maldades.  
Irrita ¡oh ponto! tus voraces ondas,  
Hasta que, sepultado el ancho mundo  
En tu abismo profundo,  
Por siempre en él nuestra impiedad escondas.

### Á ESPAÑA,

DESPUES DE LA REVOLUCION DE MARZO.

¿Qué era, decidme, la nacion que un día  
Reina del mundo proclamó el destino,  
La que á todas las zonas extendia  
Su cetro de oro y su blason divino?  
Volábase á occidente,  
Y el vasto mar Atlántico sembrado  
Se hallaba de su gloria y su fortuna.  
Do quiera España : en el preciado seno  
De América, en el Asia, en los confines  
Del África, allí España. El soberano  
Vueío de la atrevida fantasia  
Para abarcarla se cansaba en vano ;  
La tierra sus mineros le rendia,  
Sus perlas y coral el Océano,  
Y donde quier que revolver sus olas

Él intentase, á quebrantar su furia  
Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,  
Abandonada á la insolencia ajena,  
Como esclava en mercado, ya aguardaba  
La ruda argolla y la servil cadena.  
¡ Qué de plagas, ¡ oh Dios ! Su aliento impuro,  
La pestilente fiebre respirando,  
Infestó el aire, emponzoñó la vida ;  
La hambre enflaquecida  
Tendió sus brazos lividos, ahogando  
Cuanto el contagio perdonó ; tres veces  
De Jano el templo abrimos,  
Y á la trompa de Marte aliento dimos ;  
Tres veces ¡ ay ! Los dioses tutelares  
Su escudo nos negaron, y nos vimos  
Rotos en tierra y rotos en los mares.  
¿ Qué en tanto tiempo viste  
Por tus inmensos términos, oh Iberia ?  
Qué viste ya sino funesto luto,  
Honda tristeza, sin igual miseria,  
De tu vil servidumbre acerbo fruto ?

Así, rota la vela, abierto el lado,  
Pobre bajel á naufragar camina,  
De tormenta en tormenta despeñado,  
Por los yermos del mar ; ya ni en su popa  
Las guirnaidas se ven que antes le ornaban,  
Ni en señal de esperanza y de contento  
La flámula riendo al aire ondea.  
Cesó en su dulce canto el pasajero,  
Ahogó su vocería  
El ronco marinero,  
Terror de muerte en torno le rodea,  
Terror de muerte silencioso y frio ;  
Y él va á estrellarse al áspero bajo.

Llegá el momento, en fin ; tiende su mano  
El tirano del mundo al occidente,

Y fiero exclama : « El occidente es mio. »  
Bárbaro gozo en su ceñuda frente  
Resplandeció, como en el seno oscuro  
De nube tormentosa en el estío  
Relámpago fugaz brilla un momento  
Que añade horror con su fulgor sombrío.  
Sus guerreros feroces  
Con gritos de soberbia el viento llenan ;  
Gimen los yunques, los martillos suenan,  
Arden las forjas. ¡ Oh vergüenza ! ¿ Acaso  
Pensais que espadas son para el combate  
Las que mueven sus manos codiciosas ?  
No en tanto os estimeis : grillos, esposas,  
Cadenas son que en vergonzosos lazos  
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España  
Del indigno rumor que cerca oía,  
Y al grande impulso de su justa saña  
Rompió el volcan que en su interior hervía.  
Sus déspotas antiguos  
Consternados y pálidos se esconden ;  
Resuena el eco de venganza en torno,  
Y del Tajo las márgenes responden :  
« ¡ Venganza ! » ¿ Dónde están, sagrado río,  
Los colosos de oprobio y de vergüenza  
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban ?  
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza ;  
Y tú orgulloso y fiero,  
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,  
Precipitas al mar tus rubias ondas,  
Diciendo : « Ya acabaron los tiranos. »

¡ Oh triunfo ! ¡ Oh gloria ! ¡ Oh celestial momento !  
¿ Con que puede ya dar el labio mio  
El nombre augusto de la patria al viento ?  
Yo le daré ; mas no en el arpa de oro  
Que mi cantar sonoro  
Acompañó hasta aquí ; no aprisionado

En estrecho recinto, en que se apoca  
 El númen en el pecho  
 Y el aliento fatídico en la boca.  
 Desenterrad la lira de Tirteo,  
 Y el aire abierto á la radiante lumbre  
 Del sol, en la alta cumbre  
 Del riscoso y pinifero Fuenfria,  
 Allí volaré yo y allí cantando  
 Con voz que atruene en rededor la sierra,  
 Lanzaré por los campos castellanos  
 Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡ Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,  
 Unico asilo y sacrosanto escudo  
 Al impetu sañudo  
 Del fiero Atila que á occidente oprime !  
 ¡ Guerra, guerra, españoles ! En el Bétis  
 Ved del Tercer Fernando alzarse airada  
 La augusta sombra ; su divina frente  
 Mostrar Gonzalo en la imperial Granada ;  
 Blandir el Cid su centellante espada,  
 Y allá sobre los altos Pirineos,  
 Del hijo de Jimena  
 Animarse los miembros gigantes.  
 En torbo ceño y desdeñosa pena  
 Ved cómo cruzan por los aires vanos ;  
 Y el valor exhalando que se encierra  
 Dentro del hueco de sus tumbas frias,  
 En fiera y ronca voz pronuncian : « ¡ Guerra !

¡ Pues qué ! ¿ Con faz serena  
 Vierais los campos devastar opimos,  
 Eterno objeto de ambicion ajena,  
 Herencia inmensa que afanando os dimos ?  
 Despertad, raza de héroes ; el momento  
 Llegó ya de arrojaros á la victoria ;  
 Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
 Que vuestra gloria humille nuestra gloria.  
 No ha sido en el gran día

El altar de la patria alzado en vano  
 Por vuestra mano fuerte.  
 Juradlo, ella os lo manda : *¡ Antes la muerte  
 Que consentir jamás ningun tirano ! »*

Sí, yo lo juro, venerables sombras ;  
 Yo lo juro tambien, y en este instante  
 Ya me siento mayor. Dadme una lanza,  
 Ceñidme el casco fiero y refulgente :  
 Volemos al combate, á la venganza ;  
 Y el que niegue su pecho á la esperanza,  
 Hunda en el polvo la cobarde frente.  
 Tal vez el gran torrente  
 De la devastacion en su carrera  
 Me llevará. ¿ Qué importa ? ¿ Por ventura  
 No se muere una vez ? ¿ No iré, espirando,  
 Á encontrar nuestros ínclitos mayores ?  
 « ¡ Salud, oh padres de la patria mia,  
 Yo les diré, salud ! La heróica España  
 De entre el estrago universal y horrores  
 Levanta la cabeza ensangrentada,  
 Y vencedora de su mal destino,  
 Vuelve á dar á la tierra amedrentada  
 Su cetro de oro y su blason divino. »

(Abril de 1808.)

#### Á LUISA TODI,

« CUANDO CANTÓ EN EL TEATRO DE MADRID LAS DOS ÓPERAS  
 « DE ARMIDA » Y « DIDO » .

¿ Qué se negó de la falaz Armida  
 Al mágico poder ? Su voz sonaba,  
 Y el bátrato profundo  
 De sus lóbregos senos alanzaba  
 El tremendo escuadron que la servía.  
 Viérase al punto de infernal veneno  
 Toda inundarse en derredor la esfera,

Arder el rayo y retumbar el trueno.  
 La rápida carrera  
 Suspenderse del sol, bramar los vientos,  
 En sus hondos cimientos  
 Estremecerse el mar, y mal segura  
 La tierra contrastada,  
 De sus ejes eternos desquiciada.

Mas cuando al fin enamorada y ciega  
 El corazon indómito rendia,  
 Y de perder su amante recelosa,  
 En los fines del orbe le escondia,  
 Ya no era entonces la espantosa maga ;  
 Era ya una deidad. El polo yerto  
 Ostentóse cubierto  
 Con el manto de Flora ;  
 Por los fecundos prados  
 Las fuentes murmuraban,  
 Y de esencias bañados,  
 Los céfiros jugaban con las flores ;  
 Volaban los amores,  
 Las gracias y el deleite en pos de Armida ;  
 Y ella entre tanto, de Rinaldo asida,  
 El coro de las aves escuchaba,  
 Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fué entonces Armida ; y tal ahora  
 Tú ¡ oh poderosa Todi ! la presentas,  
 Ya en ternura y delicias anegada,  
 Temerosa después, y al fin furiosa  
 Viendo su gloria y su beldad hollada.  
 ¡ Invencion celestial ! No, no es Armida  
 La que así nos enciende  
 Y el agitado espíritu suspende :  
 El mentido poder que por su encanto  
 Tuvo en los elementos confundidos,  
 Hoy en nuestros sentidos  
 Lo alcanza el arte y lo renueva el canto.

¡ Soberana armonía !  
 ¿ En qué sus dulces y halagüeñas flores  
 Mas bien que en tus loores  
 Esparcir deberá la poesía ?  
 Pero ¿ cómo en su vuelo  
 La poderosa voz seguir podría  
 Que pasma al mundo y maravilla al cielo ?  
 Ella parte suave ;  
 Y ora orgullosa y grave  
 Del espacio los ámbitos domina,  
 Ora en quiebros dulcísimos se pierde,  
 Y delicada trina ;  
 Ora sube al Olimpo, ora descende,  
 Y ora como un raudal rico y sonoro  
 Vierte súbitamente en los oídos  
 De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiracion enmudecida  
 Seguir la puede en su veloz carrera ;  
 ¿ Y dó ha vivido el corazon de fiera  
 Que se negase esquivo  
 De su expresion celeste al atractivo ?  
 ¡ Oh ! no es posible el evitar su imperio ;  
 La fogosa energia  
 De su gesto y accion se le prometen,  
 Y su mágico acento y melodía.  
 Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebatada :  
 Vedla de gloria y majestad vestida  
 Cuando del solio el esplendor retrata ;  
 Vedla después, desesperada y llena  
 De cólera y soberbia, amenazando :  
 Nube parece que espantosa truena,  
 O terrible Aquilon cuando, soplando  
 Con hórrido silvido,  
 Sacude el universo combatido.

¿ Mas cuál benigna suavidad se siente ?  
 Él es, el blando amor, el hijo ardiente  
 De la hermosa y divina Citerea :

Mas dulce y grato que la miel hiblea,  
 Mas puro que los céfiros, su acento  
 Sale inflamando el viento,  
 Y por do quiera su ternura inspira.  
 Ya tras el bien perdido  
 Vaga anhelante y con dolor suspira ;  
 En el dulce trinar pinta el gemido,  
 En los blandos gorjeos  
 Aparecen los tímidos deseos,  
 La amorosa inquietud, las ansias tiernas,  
 La risa alegre y apacible juego  
 Que ceban tanto el delicioso fuego.  
 Ya con tono mas grave  
 La sublime constancia se ve ornada,  
 Ó en celeste deliquio modulada  
 Del caro bien la posesion suave.

Entonces gime el insensible, entonces  
 Hasta los duros mármoles se agitan ;  
 Amor aprende á amar, á amar incitan  
 El eco, el viento, y de tu voz herido,  
 Por su divino impulso es arrastrado  
 Mi corazon vencido.  
 Salta en el pecho, y sin cesar palpita,  
 Todo anegado en el amante anhelo  
 Que inspira el canto ; su vehemente llama  
 Veloz discurre por mi sangre y venas,  
 Y en todas ellas su calor derrama ;  
 Derrama su calor, que vuelto en llanto,  
 Sin ser posible á contenerle el seno,  
 Salta á la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu genio mesurar podria  
 La extension y el ardor ? Dinos, ¿ en dónde  
 Tuvo su oriente ? ¿ En dónde  
 Se adestró á desplegar tal osadía,  
 Y de tanta riqueza salió lleno ?  
 ¿ Fué acaso allá donde el feliz Ismeno  
 Corrió bañando la sonora Tébas ?

¿ Ó mas bien sobre el Ismaro sombrío,  
 Do por la vez primera  
 Los ecos de la música sonaron,  
 Y tras si arrebataron  
 Los hombre y las fieras,  
 Las rocas y los árboles ? ¿ Dó Orfeo  
 Su lira de oro celestial pulsaba,  
 Los vientos á su voz se condolian,  
 Y á Euridice llamaba,  
 Y Euridice los montes respondian ?

Igual, empero, ó superior, tú impeles  
 Al seno del olvido  
 Los pesares amargos y crueles.  
 Yo lo vi, lo sentí. Del hondo averno  
 Por mi mal abortado,  
 Un esquivo cuidado devoraba  
 Mi triste corazon, cuando presente  
 Vi la sidonia reina, que clamaba  
 Contra el troyano pérfido inclemente.  
 ¡ Bárbara atrocidad ! Huye el ingrato  
 Sin que bastantes sean  
 De la mísera amante las querellas  
 Su fuga á suspender : huye, no cura  
 Los preciosos tesoros  
 Que fiel le prodigaba la hermosura ;  
 Tesoros ¡ ay ! de amor y de ternura.  
 Y se entrega á la mar, ¡ qué de lamentos !  
 ¡ Qué horrorosos acentos !  
 ¡ Qué desesperacion ! En vano llora  
 La triste, y corre enfurecida, y gime ;  
 En vano al cielo en su dolor implora,  
 Y á los hombres tambien ; hombres y dioses  
 Al dolor y al horror la abandonaron...  
 ¿ Morirá la infelice  
 Sin hallar compasion ?... Grande, sublime  
 Terrible situacion, que sorprendido  
 Mi espíritu admiraba,  
 Y olvidó su afliccion llorando á Dido.

¡ Y que tan dulces horas  
 Hayan de fenecer! Mantua te pierde,  
 Mantua, que tanto te admiró; desierto  
 Se verá el gran teatro donde un día  
 Al eco de tu canto y los aplausos  
 El soberbio artesón se estremecía.  
 Mustió el espectador, irá á buscarte  
 Y no te encontrará; y en tal vacío,  
 ¿Dó está, dirá, la enamorada Elfrida,  
 La dulce Hipermenestra,  
 La arrogante Cleopatra y Cleofida?  
 Sombras sublimes, cuya hermosa idea  
 Inventar y animar el genio pudo,  
 ¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero  
 Que á tu brillante gloria abrió el destino;  
 Mas ¿qué le falta á su esplendor divino?  
 El universo entero  
 Su honor, su encanto, su deidad te aclama.  
 Llevada en raudo vuelo  
 Por la sonante trompa de la fama,  
 Pasmará las edades, y asombrado  
 Te nombrará el artista, y confundido  
 Por mas osado que su genio sea,  
 Tú el término serás de su esperanza,  
 Dique á su presuncion: él desde lejos  
 Adorará tus soberanas huellas,  
 Y lucirá tal vez con tus reflejos.  
 Así en el alto Olimpo las estrellas  
 Brillan, mas solamente en noche umbria,  
 Cediendo el resplandor y la victoria  
 Al gran planeta que preside al día.

(1795.)

Á MELENDEZ,

CUANDO LA PUBLICACION DE SUS POESIAS.

¡ Gloria al grande escritor á quien fué dado  
 Romper el sueño y vergonzoso olvido  
 En que yace sumido  
 El ingenio español; donde confusas,  
 Sin voz y sin aliento,  
 Se hundén y pierden las sagradas musas!

Alto silencio en la olvidada España  
 Por todas partes extendió su manto,  
 Cuando tu hermoso canto  
 Resonando ¡ oh Melendez! de repente,  
 De orgullo y gozo llena,  
 Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas  
 Crecer las nieblas de ignorancia viendo  
 Natura, y sacudiendo  
 El ocio letargoso en que yacia,  
 Dijo: « Que Homero sea; »  
 Y Homero nace, y resplandece el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,  
 Bien como el fondo del etéreo cielo,  
 Gratos aun mas que el vuelo  
 Del céfiro sonante en el estío,  
 Cuando las hojas mueve,  
 Y templá el rayo en delicioso frio;

Tus armoniosos versos á raudales  
 Del manantial fecundo se arrebatan,  
 De fieles se retratan  
 Las flores y los árboles del suelo,

Las sierras enriscadas,  
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡ Cisnes del Pindo ! Amable Anacreonte,  
Tú, que de estro y amor mientras vivías,  
Misera Safo, ardías.  
Y tú, divino Pindaro, que elevas  
En u atrevido acento  
Con tu nombre clarísimo el de Tébas ;

Volad hácia las playas de occidente  
Desde la cumbre de Helicon divino,  
Y ved el gran destino  
Con que se ensoberbece el suelo iberio  
Mirando en su poeta  
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira  
Cuando el canto de amor en ella suena ;  
Y apacible y serena  
La belleza en sus versos vencedores  
Se goza retratada,  
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego á los amenos campos,  
Á la abundosa y apacible vega  
Que el claro Tórmes riega ;  
Y al escuchar su pastoral acento,  
Ved florecer las rosas,  
Reir el prado, embebercerse el viento.

Mas ¿ dó su musa rápida se esconde ?  
¿ Dónde se eleva ? Á su ambicioso pecho  
El orbe vino estrecho,  
Y al éter se encumbró ; gozosa mira  
Bajo de sí las nubes,  
Y al campo inmenso del espacio gira.

¡ Vosotros solos, númenes del canto,  
Le seguiréis ! Desde el fanal de Apolo

Al rutilante polo  
Todo lo abarca en su inmortal porfia,  
Y de fulgor se llena,  
Y torrentes de lumbre al mundo envía.

Á esta pompa magnífica, á los ecos  
De aplauso universal que resonaron,  
Sus cuellos agitaron  
Las sierpes de la envidia, y de su seno  
Ya á lanzar se aprestaban  
Con torpe lengua el infernal veneno ;

Cuando un genio gritó : « ¡ Monstruos odiosos !  
¿ Qué sois, decid, para alcanzar victoria  
De tan hermosa gloria ?  
Sabed que nunca de la niebla umbria  
El insensato orgullo  
Vencer presume en claridad al día.

Admirad y callad », dijo. La envidia  
Vióse aterrada, y su furor fué vano ;  
Y el genio abrió su mano,  
Y el lauro descendiendo omnipotente,  
Al inmortal poeta  
Cercó de rayos la gozosa frente.

(1797.)

#### Á GUZMAN EL BUENO.

Ya con lira sonora,  
Himnos di á la beldad hija del cielo,  
Y á amor canté que sin cesar la adora ;  
Mas ¿ cómo al fin mi generoso anhelo  
Podrá exaltarse de la hermosa fama  
Hasta el templo inmortal ? Ella me llama,  
Y ya en mi pecho hierve  
El canto de loor, sin que mis ojos  
En esta sirte miserable vean  
El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantara yo las haces españolas  
 En Pirene temblado al eco horrendo  
 Con que Mavorte en rededor rugia?  
 ¿Ó á las naves británicas huyendo  
 Nuestra mísera escuadra entre las olas,  
 Amedrentadas ya con su osadía?  
 No, España, patria mia;  
 No son eternas, no, las torpes huellas  
 Que de tu noble frente  
 Empañan el honor; tú en otros dias,  
 Con victorioso patriotismo bellos,  
 De gloria ornada y esplendor te vias.  
 ¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,  
 El hijo de Jimena y gran Rodrigo,  
 Rayos horribles de la gente mora,  
 Con sus nervudos brazos no cansados  
 Desolacion del bárbaro enemigo  
 Eran siempre en la lid espantadora.  
 ¿Quién diera á mi deseo  
 Tantos lauros contar? Cada llanura  
 Fué campo de batalla,  
 Cada colina vencedor trofeo;  
 Los sitios mismos que el baldon miraron,  
 Miraron la venganza, y las afrentas  
 En torrentes de sangre se lavaron.

« Venid, venid, el árabe decia,  
 Volad, hijos de Agar; ya los esclavos  
 El yugo intentan sacudir que un dia  
 En su arrollado cuello  
 Vuestro valor indómito cargara.  
 ¿Lo sufriréis? Las naves aprestemos,  
 Y el ancho valladar con que el destino  
 La Europa y Libia dividió salvemos.  
 Venid, venid; que nuestra fiera saña  
 Estremecida España

Sienta otra vez; acometed, y abiertas  
 De Calpe y de Tarifa os son las puertas. »

Mas no las puertas de Tarifa entonces  
 Al pérfido Julian obedecian;  
 El valor y el honor las defendian;  
 El honor y el valor que siempre fueron  
 Escudo impenetrable el mas seguro.  
 ¿Qué sin ellos valer el alto muro  
 Ni el grueso torreón jamás pudieron?  
 ¡ Oh pueblo numantino!  
 El hombre es solo quien guarnece al hombre.  
 ¡ Oh sagrada ciudad de alto renombre!  
 ¿Quién sino tu constancia te ceñia  
 Cuando las olas del poder romano  
 Sobre tí vanamente se estrellaban,  
 Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzman impertérrito defiende  
 La fortaleza en donde  
 Quebrada el moro su pujanza via;  
 Que ataca en vano, y de furor se enciende,  
 Y truena, al fin, con la espantable saña  
 La nube que se rompe  
 Con estruendo fragoso en la montaña.  
 « ¿Así será que la esperanza mia  
 Un hombre solo á contrastar se atreva?  
 Oye, Guzman: las leyes del destino  
 Esta prenda infeliz de tus amores  
 Á mi venganza dieron:  
 Hijo es tuyo, ¿ le ves? Si en el momento  
 Ante mis piés no allanas  
 La firme valla del soberbio fuerte,  
 Tú, que le diste el ser, tú le das muerte. »

Así la iniquidad habla á la tierra,  
 Cuando, de orgullo y de poder henchida,  
 Mueve á los hombres espantosa guerra.  
 Oh! ¡no tembleis! Magnánima á su encuentro



La virtud generosa se levanta,  
 Y sus soberbios impetus quebranta.  
 Ella elevó á Guzman; de ella inspirado,  
 «Conóceme, tirano, respondia;  
 Y si es que espada en tu cobarde mano  
 Falta á la atrocidad, ahí va la mia;  
 Que yo consagro mi inocente hijo  
 Sobre las aras de mi patria amada.»  
 Esto sereno dijo,  
 Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido  
 Al vacilar la victima, do esconde  
 Su punta aguda el inclemente acero.  
 Calpe con gritos de dolor responde  
 Al grito universal, y del guerrero  
 Tambien la faz valiente  
 Brotando riega involuntario el llanto.  
 ¡Ah! tú padre de España eras primero;  
 Mira cuál ella la segura frente  
 Alza y su númen tutelar te aclama;  
 Mira á tu gloria despertar la fama,  
 Que, sus doradas alas desplegando  
 Y sonando la trompa refulgente,  
 Los grandes ecos de tu nombre envia  
 Del norte al mediodía,  
 Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamacion oyendo,  
 De horror y espanto el berberisco herido,  
 Huye al mar confundido,  
 Entre sollozos trémulos diciendo :  
 «Huyamos ¡ay! á nuestra ardiente arena.  
 ¿Cómo arrancar la tímida paloma  
 Podrá su presa al águila valiente  
 Del aire vago en la region serena?  
 Quiébrase el cetro á la africana gente,  
 Su trono se hunde, y la cruel venganza

Del vencedor, estrago y ruina  
 Contra el seno del África fulmina.»

Así temblando el musulman huia  
 Del español guerrero,  
 Que sobre él centellando revolvía.  
 Bien como cuando su valor primero,  
 Sorprendido, el leon pierde, y se amansa,  
 Y en sí el oprobio de servir consiente.  
 ¿Cómo á tan vergonzoso vituperio  
 La generosa frente  
 Pudo ya doblegar? ¿Dó fué el espanto  
 Que dió á la selva atónita su imperio?  
 ¿Nació quizá para vivir esclavo?  
 No, que llega su vez, y ardiendo en ira,  
 Rompe, y se libra, y con feroz semblante  
 Del vil ultraje á la venganza aspira,  
 Bañando en sangre las atroces manos :  
 Y ruge, y amedrenta á sus tiranos.

(1800.)

#### Á LA DUQUESA DE ALBA,

PRESENTÁNDOLE UNA OBRA DE ESCULTURA CONSAGRADA Á SU  
 BENEFICENCIA.

Fiel la amistad, á tu presencia ofrece  
 Este precioso monumento, en donde  
 La reverente gratitud te adora;  
 Él tu dulce atencion humilde implora,  
 Y una mirada de favor merece,  
 Pues llega á tí como al Olimpo sube,  
 Por manos inocentes enviada,  
 De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria  
 De tu belleza, el poderoso halago  
 De tus ojos por siempre abrasadores,

Y tu triunfo ostentar y tus victorias  
De las gracias en medio y los amores;  
Mas era la amistad quien le guiaba :  
Ella dijo al artista : « De tu mano  
Un monumento singular espero,  
Donde el genio del bien solo respire :  
Que de Alba la deidad en él se mire,  
Y que por él eternizada sea  
La bondad celestial, inagotable,  
Que su apacible corazon recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea ;  
Que al fin en ella á consagrar no aspira  
Aquellos hijos del poder que triste  
La tierra siempre y con terror admira.  
Ellos del arte á profanar se atreven  
El genio creador cuando en su gloria  
Mandan tallar los mármoles y bronce  
Para eterno blason de su memoria.  
Óyelo el arte esclavizado, y gime,  
Y obedece. ¿Qué importa ? El humo negro  
Que sus atroces crímenes exhalan  
Allí fétido vaga ; allí se escuchan  
Los ayes tristes que lanzar hicieron  
Aquel honor que sin pudor violaron,  
Aquella fe que sin cesar mintieron ;  
La maldición del mundo, que oprimia  
Su insolente ambición... ¡Ah! vanamente  
Los esconde la tumba : ellos quisieron  
Su fama eternizar ; su fama vive,  
Mas es de eterna execración cargada ;  
Y si la tierra á su pesar los nombra,  
Ó bien de oprobio y de baldon los cubre,  
Ó bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh, cuán diversa suerte, amable amiga,  
El cielo á tí te preparó ! Tu cuna  
La humanidad y la amistad mecieron,  
Y en tí encontraron sempiterno abrigo.

Creciste : tu poder y alta fortuna,  
Cual raudales de bien, siempre se vieron  
Llevar el gozo y la piedad consigo.  
¿ Cómo ó de dónde tan sublimes dones  
De tu nombre á la pompa se hermanaron ?  
La pompa, siempre de soberbia henchida,  
Solo á temor y humillación convida ;  
Tú á agradecer y á amar. Dígalo el eco  
De ansiedad y dolor con que tu nombre  
De labio en labio sin cesar volaba  
En estos tristes dolorosos días  
Que la dolencia por tu ser vagaba  
Cuando, como serpiente ponzoñosa  
Por tus entrañas débiles corriendo,  
El mal las devoraba, y tú gemias.  
Las noches sucedían á los días,  
Los días á las noches ; y el esquivo  
Dolor triunfaba de tu endeble vida,  
En su violencia atroz siempre mas vivo. . .  
Huye ¡ oh muerte cruel ! De aquí destierra  
Tu faz odiosa y tu inclemente saña ;  
Hiera al perverso tu fatal guadaña  
Vengando de él á la ultrajada tierra,  
Y perdona á su encanto... Oyólo el cielo,  
Y el arte, que solícito empleaba  
Á par de tí su infatigable anhelo,  
Calmar pudo al dolor ; la parca airada,  
Que feroz amagándote ya estuvo,  
Cedió, y la mano en tu exterminio alzada  
Á su voz imperiosa se detuvo.

Vives en fin, y conservada fuiste  
Al amoroso llanto y los suspiros  
De la amistad, á los fervientes votos  
Del agradecimiento. ¡ Ah ! si á la suerte  
Plugo en tal riesgo separar la hora  
Que á tu hermoso vivir última sea  
Arrójela bien lejos ; y que entonces,  
Serenó, sin dolor, sin agonía,